



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 23 DE JULIO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Virtudes en palabras

PREPÁRATE, PERO NO RESPONDAS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El sol quemaba la piel como hielo, en pleno verano de 1902. Tomás se mecía ansiosamente en su mecedor de madera, en el porche de la casa, junto a una ventana y bajo la sombra del techo que era el segundo piso de su hogar. El calor de cuarenta y siete grados le resacaba la garganta. De pronto, el polvo se levantaba y el hombre estornudaba, sintiendo un calambre en la espalda que le tronaba los huesos de la columna vertebral. Era como si el trabajo en la granja lo estuviera enfermando. Pero eran los nervios lo que lo traían así. La lluvia se había convertido en la ausente más esperada del campo. Además, había días en los que los niños comenzaban a quedarse con hambre cuando se sentaban a la mesa. A sus veintiocho años, Tomás se ajustó el cinturón e hizo lo posible por comer menos. Pero las raciones de frijoles y tortillas, no solo las de él, sino las del niño mayor también, se iban empequeñeciendo, así como se aletargaba la llegada de la lluvia.

Los robos se fueron haciendo cada vez más frecuentes en el pueblo y por las noches se escuchaba el batir de pistolas y carabinas que defendían el ganado de la región. Un grupo de pecuarios fue a hablar con el alguacil para pedirle ayuda. Estaban desesperados y faltos de ideas: el hambre estaba a punto de convertirlos, a ellos también, en delinquentes. El comisario se comprometió a montar una guardia nocturna armada severamente.

Pero nada de eso le ayudaba a Tomás, quien perdió toda esperanza. Eso fue justo un día antes de recibir carta de Laredo, Texas. Volvió la esperanza. Tenía un lugar a dónde llegar por allá... y comida. Con un solo caballo, viudo y sin otra mujer, ni pariente, más que sus dos niños, uno de siete y el otro: un bebé en brazos: debía pensar rápido. Habló con una vecina que había sido un reguilete de amabilidades hacia él durante los últimos meses. Le dejaría encargado al bebé hasta acomodarse del otro lado de la frontera.

Pensó también en tramos de lo que podía soportar su caballo: de a cuarenta y cinco kilómetros por día, el viaje desde Santiago, Nuevo León, lo acabaría en seis o siete días. Dejó casa y plantío de naranja encargados con un amigo, y al bebé con doña Elvira. Partió un domingo al amanecer y llegó el siguiente sábado. Se incorporó al trabajo en los campos de cereales: arroz y trigo, dos días después.

El calor no cedía y eso, a Tomás le recordaba Santiago. No se le daba la oportunidad de retornar y los días se amontonaron en semanas y luego meses. Tres años pasaron para cuando tomó su caballo y solo, emprendió el viaje de vuelta por su niño a Santiago. En el camino pensaba que para cuando su hijo lo viera, él no sería su padre, sino un extraño que lo arrancaría de su madre, Elvira. ¿O le habría contado ella, al chamaco, que tenía un padre? Cruzó la capital siguiendo el curso de las vías del ferrocarril hasta que llegó a su pueblo. En Santiago notó las calles solitarias. Pasó por su hogar abandonado y se dirigió a donde Elvira. Lo que encontró fue una casa sin puertas, ni ventanas, viniéndose abajo. Buscó y buscó, pero entre los escurridizos habitantes no



encontró alguien que le dijera para dónde se había ido Elvira. Pasó horas entresacándole palabras a quien encontraba hasta que le quedó claro que la mujer había huido sin dejar noticia.

Se fue a sentar al porche de lo que había sido su casa. Miró el plantío de árboles secos. Se vino entonces una brisa que bajaba de la sierra y se le salieron las lágrimas.

Recordó entonces el pedazo de patio donde había escondido su revólver. Fue por él. Encontró la pala donde siempre. Enterró el metal con ayuda de una pisada y comenzó a escarbar, hasta que dio con la pistola. La tomó entre ambas manos, tumbándole el polvo a soplidos y decidió probarla ahí mismo, disparando contra un tronco situado diez metros en frente de él. El estallido hizo volar a los pájaros que descansaban en las ramas de los naranjos secos. La pistola estaba enterita. Caminó al porche como endiabrado y encontró a dos niños jugando del otro lado de la calle. Le fluyeron las ganas de matar y se le acercó despacito, bufando espuma.

Al mirarlos los ojos; dudó. "No tengo toda la información", pensó.

Ni sabía que diez años después, su hijo menor iría a Laredo a buscarlo y lo encontraría.

LOS CUENTOS DE LOS ABUELOS

OLGA DE LEÓN G.

"Cuéntame un cuento, abuelita...", así solían empezar los mejores cuentos familiares y orales del siglo pasado, y quizás de todos los tiempos. Hasta que alguno de esos afortunados niños que los disfrutaron, crecieron y se transformaron en sus divulgadores oficiales, al transformarse en escritores que se vistieron de abuelos o abuelas, según el caso de quien les dio forma de texto y libro impreso.

Cuánto me habría gustado tener una abuela o un abuelo, que nos contara a mis hermanos y a mi alguna historia fantásti-

ca o real bajo el oropel divino de la ficción de un bello cuento; o el aterrerado sonido del misterio y el miedo que los niños soportan siempre que alguien muy querido les refiere una historia con algo de pánico, como el acecho de un lobo que se disfraza de abuelita o una madrastra malévola que pretende envenenar a su bella hijastra...

No conocimos a nuestros abuelos. Pero, para nuestra fortuna, sí crecimos con la lectura y escucha de historias hermosas contadas por la hermana mayor de nuestro padre. Y, en ocasiones, de la viva voz e imaginación de nuestra madre, como también de cuentos clásicos que nuestro padre nos empezaba a leer y luego nos invitaba a terminarlos leyéndolos nosotros mismos. Los libros fueron en casa un suculento alimento para nuestro inquieto espíritu. Quizás no todos los hermanos leímos u hojeamos igual cantidad de libros, pero todos leímos sobre lo que más nos interesaba o llamaba nuestra atención.

"Cuéntame un cuento, abuelita", imagino que mi nietecita me pedirá un día que hoy parece lejano, pero mañana será demasiado pronto... Por eso, me preparo y anticipo.

Hoy inventaré un cuento que yo o alguien más le leerá a mi hermosa princesita nieta, llamada por su madre, mi hija: Alexia, cuando la ahora bebita cumpla dieciséis o diecisiete años, "la edad de la real y verdadera razón" y del registro efectivo y fiel de la memoria: la edad de la entrada a la madurez y a la universidad. Pues, aunque habrá otros para cuando cumpla cinco, seis o diez, este es para algo más tarde.

Sólo permítame un paréntesis, para que dimensiones el tamaño del anhelo de un hombre, por ser abuelo:

Siendo aún joven, de no más de cuarenta y cinco años, se acercaba a los hijos explicando que anhelaba tener algún nieto, pero la vida se lo reservaba

para mucho más tarde. Y simple y llanamente, veía un nieto o nieta en los niños de otras parejas. Ahora, sí, viene el cuento:

Hace muchos, muchos años, vivía en una gran metrópoli, un hombre valiente, el más valiente de todos cuantos vivían en esa Metrópoli, que a él le habría gustado yo llamara "Comarca". Era un defensor nato de la justicia y de los más humildes, desvalidos o menos afortunados desde su origen. Amaba a los niños, todos, niños y niñas, le gustaban mucho las pinturas con niños de personajes centrales, y más si eran pobres, estaban en harapos y comiendo sandía (obra clásica de la pintura realista).

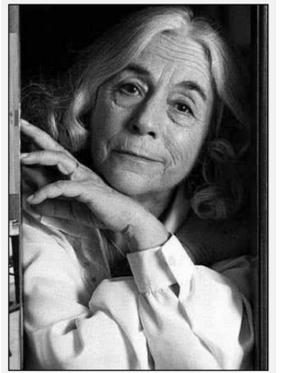
Cierta ocasión, se le presentó a ese hombre que fue tu abuelo, un hombre joven agobiado porque el banco le acababa de reclamar un adeudo estratosférico que con ellos había contraído para construir su hogar. La casa no estaba terminada, el hombre ya había recurrido a todas las casas de empeño y no completaba para pagarles lo que le pedían, y si no les pagaba perdería su hogar.

El hombre joven halló al abogado platicando aquí y allá, hasta que un amigo le dijo que solo existía uno que podría ayudarlo y quizás ganarle la demanda al banco. Buscó al abogado y dio con tu Abue, Alexia.

Fue un camino duro, un tanto largo, de mucha paciencia y mucho razonamiento, hasta que tu abuelito le ganó el pleito al banco y consiguió que el joven atribulado por la posible pérdida de su patrimonio se quedara con su casa.

Si un día pensaras, mi hermosa nietecita, estudiar Leyes, no olvides quién fue tu abuelo y trata de seguir sus pasos en la rectitud, honestidad, apego a la ley y defensa de los derechos de los desposeídos.

Pero, ¡por supuesto!, tu estudiarás lo que te indiquen tu razón, tus capacidades y tu corazón.



Carmen Martín Gaité

(Salamanca, 1925 - Madrid, 2000) Escritora española. Considerada uno de los valores más firmes de la literatura española posterior a la guerra civil, sus obras se centran en el análisis de las relaciones entre individuo y colectividad.

En 1948, a los veinticinco años de edad, se trasladó a Madrid, donde contactó con jóvenes escritores como Rafael Sánchez Ferlosio (con el que contrajo matrimonio más tarde, en 1958), Jesús Fernández Santos, Josefina Rodríguez, Alfonso Sastre o Medardo Fraile, entre otros. Introducida en los círculos literarios por su antiguo compañero de universidad, Ignacio Aldecoa, comenzó a colaborar en diarios y revistas, como Revista Nueva.

Escritora polifacética, magnífica ensayista e investigadora y una buena traductora de literatos como Rainer Maria Rilke, Italo Svevo, Gustave Flaubert, Primo Levi y Emily Brontë.

Entre sus trabajos de investigación histórica cabe citar El proceso de Macanaz, historia de un empapelamiento (1970), Usos amorosos del dieciocho en España (1972), El Conde de Guadalhorce, su época y su labor (1977) y Usos amorosos de la posguerra española (1987), que fue galardonada con el Premio Anagrama de Ensayo y Libro de Oro de los Libreros Españoles, y se convirtió en el libro más vendido del año.

Además del Premio Nadal por Entre visillos (1958), que la lanzó a la fama, obtuvo numerosos reconocimientos y galardones: el Premio Nacional de Literatura en 1978 y en 1994 (fue la primera mujer que mereció el premio), el Príncipe de Asturias de las Letras en 1988 (compartido con José Ángel Valente) y el Premio Castilla y León de las Letras en 1992, entre otros.

Integrante de la llamada Generación del 50 o del Medio Siglo, sus narraciones se centraron en recuerdos de personajes femeninos. Obtuvo el premio Nadal con su primera novela, Entre visillos (1958), en la que refleja, empleando una técnica neorrealista, la anodina existencia de una serie de muchachas en el marco de una ciudad de provincias.

A partir de entonces su obra se centró en el análisis psicológico de las protagonistas, que repasan su vida y se enfrentan a los fantasmas del pasado. Así ocurre en Fragmentos de interior (1976), sobre una familia de clase media en el Madrid de la década de 1960; El cuarto de atrás (1978), cuyo personaje principal es una escritora que recibe la visita de un misterioso desconocido; Nubosidad variable (1992), que cuenta la trayectoria profesional y vital de dos escritoras; Lo raro es vivir (1995), rememoración del pasado de una mujer, e Irse de casa (1998), nueva evocación de los recuerdos de un personaje femenino.

Su novela Caperucita en Manhattan se convirtió en el libro más vendido del año 1991; Gaité hacía en esta obra una mixtura entre literatura fantástica, sueño y realidad y el cuento de hadas. No fue la única obra en esta línea; en 1994 editó otra novela, La reina de las nieves, escrita como homenaje a Hans Christian Andersen y en memoria de su hija.

Del resto de su producción cabe mencionar los relatos de El balneario (1955, premio Café Gijón) y Las ataduras (1960), el poemario A rachas (1976) y los cuentos infantiles El castillo de las tres murallas (1981) y El pastel del diablo (1985)

ad pédem literae

A veces en lo oscuro, en lo complicado, se toca la verdad

Carmen Martín Gaité

Letras de buen humor

Hay dos cosas infinitas: el Universo y la estupidez humana. Y del Universo no estoy seguro

Albert Einstein

Elmer Mendoza

Samovar, una novela de Ethel Krauze

"Siento en el corazón un pájaro muy dulce", expresa Ethel Krauze en Samovar, novela publicada por Alfaguara, grupo editorial Penguin Random House, en enero de 2023 en la Ciudad de México, y mientras se lee, uno no sabe cómo dejar de imaginar sobre sus seres queridos, la comida, las tradiciones de los mayores, el amor, la vida dura de los emigrantes, y el afecto hallado en las horas de miércoles que es posible convertir en voces que lo sienten todo y lo saben todo. Hay un té negro muy fuerte y las galletas más duras del mundo como el mejor aderezo.

Samovar es una novela de amor, amarán a Tatiana y le darán abrazos por sus sorprendentes, inteligentes y oportunas decisiones, a Modesta por su fidelidad y su necesaria presencia, a la tutta Lena por su belleza y suavidad de ángel flotante, y sobre todo a la bobe Anna, por su potente personalidad, su vida ejemplar y la manera de enfrentar los momentos complicados de su existencia, excepto el penúltimo en que el día se le volvió tormenta. Ya lo verán. "El silencio es para llenarlo con lo que no podemos decir", afirma la autora, y estoy de acuerdo. También sé que ustedes nunca me disculpan cuando les cuento de más,

por eso siempre permanezco en la famosa frase, Había una vez...Sin embargo, les adelantaré que en esta novela hay un criminal. No, no es ese, cómo creen, tampoco el asesino del Covid. Es otro, no menos cruel pero más fino. Incluso, alguien que es opacado por la luminosidad de Giorgio que, por cierto, se llama igual que el hijo de James Joyce, mi maestro.

Ethel Krauze nació en la Ciudad de México. Su prosa revela particularidades que la ubican entre las y los grandes novelistas del mundo. ¿Qué es un novelista? Alguien que sabe contar pero que lo hace con recursos lingüísticos y estilísticos que mantienen al lector atento, en un estado de gracia que va de la reflexión al sentimiento, incluso al relax en que no teme sonreír y, sobre todo, recordar. Ser lector es una experiencia de vida, y Samovar es un jardín donde hay aromas de diversas intensidades. La narradora confiesa que "Es la palabra por lo que toda esta historia se me convirtió en torrente", y enseguida añade, "Samovar, no puede ser otro nombre el que dé cuenta de lo que habita en mí". Fácilmente se advierte que no tiene que ser una novela río para ser una novela total. Y es así por la parte en que el lector es invitado a involu-



crarse. Es posible que todos tuvimos una abuela que era una historia viva y que tenía un instrumento, como el samovar, que era pieza importante en las conversaciones, como la que tiene Tatiana cada miércoles.

Notarán el meticuloso trabajo de la novelista. Cada atmósfera, cada párrafo, cada frase es una expresión del corazón. Hay frases en que la prosa se trasciende a sí misma como, "tal vez la gracia de vivir sea no entender", y más adelante, "el tiempo es un invento nuestro para desprestigiarnos", y más allá, "hay un balcón que canta en

cada esquina". Por supuesto que usted descubrirá muchos de los momentos especiales que Krauze cuenta con sultura de artista. Y eso es bueno, porque después de leer Samovar conoceremos otras maneras de definir los sueños, los amores furtivos, las voces de la gente que amamos, y los miércoles, que al parecer son los días más propicios para reencontrar los sabores, las sonrisas, las voces y las historias, que aunque no tengamos un buen caldo con bolas de matzá, igual nos definirá por el resto de nuestros días. ¡Buen provecho!